

La Universidad: diálogo entre Cultura y Evangelización

Saludo al Vice Gran Canciller, Don Ignacio Barrera; a la Excelentísima Rectora Doña María Iraburu. Saludo a los Ilustrísimos Decanos de las Facultades eclesíásticas. Estimados profesores, alumnos, amigos todos.

Quisiera agradecer, de corazón, a las autoridades académicas que me han invitado a visitar la Universidad de Navarra y a acompañar a la Facultad de Teología en esta jornada académica sobre la inspiración cristiana de la Universidad. Gracias también por el significativo trabajo científico y eclesial que vosotros desarrolláis. Las palabras que a continuación os dirigiré sirvan de impulso para seguir adelante.

La Universidad tiene más de mil años de historia. Ciertamente representa, como institución, un caso notable de longevidad temporal, revelándose como un polo incomparable de creatividad, libertad de pensamiento, conocimiento e innovación. Esa alegría de buscar juntos la verdad, de la que hablaba san Agustín, en los distintos campos del conocimiento, esa es su misión fundamental. La universidad es un espacio en el que el sujeto encuentra condiciones favorables para desarrollar su singularidad, convertirse en protagonista de su propia historia y, al mismo tiempo, no deja de ser un extraordinario y polifónico entrelazamiento de diálogos.

Este carácter dialógico distintivo no se revela sólo en la definición de su propio método o en el acto de realizar su misión sino, ante todo, es intrínseco a la etimología del nombre que le da origen. De hecho, en el término latino *universitas* ya se encuentra la centralidad del diálogo y se identifica la tarea de poner en diálogo las disciplinas del conocimiento y las personas que lo aman.

Así lo subraya el *incipit* de la Constitución Apostólica *Ex corde Ecclesiae*, recordando que la universidad nació de la corporación de profesores y de sus alumnos, «libremente unidos en el mismo amor al conocimiento», afirmando precisamente esta indispensable centralidad del diálogo que en cada generación debe ser descubierta y propuesta.

Ahora bien, ¿cómo dialoga una Universidad de inspiración cristiana hoy? La respuesta podría abarcar dos mundos: el interno de la Universidad y el externo. *Ad intra* y *ad extra*. Es bien claro para nuestras universidades que se dialoga, entre nosotros, cuando toda persona que forma parte de la Universidad es vista y apreciada como un interlocutor necesario para la «mística de la vida en común», como un protagonista importante para el vivir comunitario.

Se dialoga internamente, también, cuando nuestros programas de estudio son elaborados para el diálogo de las ciencias entre sí. Se trata del planificar, teniendo presente el criterio de la Constitución Apostólica *Veritatis gaudium*, a saber, inter y trans disciplinariedad. Los saberes no son islas. Necesitamos cada vez más colocar las diversas disciplinas a la escucha mutua, de modo que se complementen, se enriquezcan en la circularidad. Los departamentos en una Universidad no pueden ser repúblicas independientes, sino tejedores de un diálogo científico que, respetando la metodología y la especificidad de cada disciplina, conformen una verdadera sociedad del conocimiento. Como nos recuerda el apóstol Pablo: «el cuerpo no es un solo miembro, sino muchos. Si el pie dijera: Porque no soy mano, no soy *parte* del cuerpo, no por eso deja de ser *parte* del cuerpo. Y si el oído dijera: Porque no soy ojo, no soy *parte* del cuerpo, no por eso deja de ser *parte* del cuerpo». (1 Cor 12, 14-16). Me alegra mucho al ver que la Estrategia dos mil veinticinco de la Universidad de Navarra esté dirigida en esta línea: de hecho, en ese documento se habla de «Universidad interdisciplinar». Gracias por esta visión. Ese es el camino.

El diálogo interno se fortalece, sobre todo, en los momentos de crecimiento espiritual que organiza la Universidad. Aquí la pastoral universitaria

desarrolla un rol crucial: debe ser un lugar que haga percibir que la Universidad se construye en los laboratorios de investigación y en el silencio orante; se vive sentados en las salas de clases o en la escucha adoradora de Cristo Maestro, que será siempre el Camino, la Verdad y la Vida. Como afirmó el Papa Francisco en el reciente motu proprio *Ad theologiam promovendam*, “así, de este modo, la teología es un saber sapiencial, no abstracto ni ideológico, sino espiritual, elaborado de rodillas, desbordante de adoración.” (n. 7).

Veamos, en seguida, cómo podría dialogar una universidad de inspiración cristiana con el entorno. Permítanme una analogía. Tomo como inspiración algunas frases del texto bíblico dirigidas a tres patriarcas, es decir, tres maestros del pueblo de Israel.

Sal de tu tierra

Cuando Yahvé llama a Abram lo hace a la edad de setenta y cinco. Abram, podríamos decir hoy, era un hombre realizado y sin grandes preocupaciones. Sin embargo, Yahvé dispone que salga de su entorno y asuma la «incomodidad» de la salida.

Abraham nos sirve para reflexionar sobre la primera actitud que debe tener la Universidad para que se abra al diálogo. Digo actitud porque, siendo de inspiración cristiana, esta Universidad ha sido convocada a dialogar. Dice el Concilio Vaticano II: «Procuren los católicos cooperar con todos los hombres de buena voluntad en promover cuánto hay de verdadero, de justo, de santo, de amable (Cf. Fil., 4,8). Dialoguen con ellos, superándolos en prudencia y humanidad, e investiguen acerca de las instituciones sociales y públicas, para perfeccionarlas según el espíritu del Evangelio» (*Apostolicam actuositatem*, n. 14).

El recuerdo de la figura de Abraham nos enseña, además, que, al salir de nuestro territorio, necesitamos mantener nuestra identidad y abrirnos a una nueva y diferente realidad, aunque nos traiga sacrificios y pruebas. De hecho,

cuando Abraham abandonó Ur, llevando consigo la fe en el único Dios, en su caminar, se encontró con personas y culturas diferentes que, de una u otra manera, le hicieron experimentar crisis, pero que al final le dejaron una bendición. La Universidad, como dice la *Ex corde Ecclesiae*, está abierta a toda experiencia humana, pronta a la percepción de cualquier cultura, pero lo hace para discernir y evaluar bien tanto las aspiraciones como las contradicciones de la cultura, para hacerla más apta para el desarrollo integral de las personas y de los pueblos (cf. n. 45). A propósito de esto, vale la pena recordar que se debe proteger la identidad de las culturas tradicionales, ayudándolas a incorporar la experiencia del presente, sin alienar el propio patrimonio. De la misma manera, se debe valorar la cultura contemporánea, arriesgando dialogar con su desafiante complejidad.

No bajes a Egipto; quédate en el lugar que yo te indicaré

Otro maestro de Israel es Isaac. El patriarca se encuentra en la ciudad de Guerar, donde estaba Abimélec, el rey de los filisteos. Isaac vive en paz rodeado de una creencia y de cultura diferente a la suya. Sin embargo, en su corazón, la preocupación por la carestía que se está viviendo lo induce a pensar seriamente en dejar el país y emigrar. Es en ese momento que Yahvé le habla. Dice la Escritura: «El Señor se le apareció y le dijo: No bajes a Egipto; quédate en el lugar que yo te indicaré. Ahora residirás por un tiempo en este país extranjero, pero yo estaré contigo y te bendeciré».

Este episodio bíblico también ilumina la llamada de una Universidad a entablar el diálogo con el entorno. Recordemos que la autorreferencialidad no es la respuesta ni el modo de actuar de una Institución de inspiración cristiana. Bien nos dice el Papa Francisco que la autorreferencialidad nos empobrece y la viven «quienes en el fondo sólo confían en sus propias fuerzas».

¿Qué hacer, entonces, cuando la situación externa no es la que deseamos o idealizamos? En esos casos se debe ser firme en los tres principios claves del

verdadero diálogo, a saber, el deber de la identidad, la audacia de la alteridad y la rectitud de las intenciones. El *deber de la identidad*, porque no se puede entablar un diálogo real sobre la base de la ambigüedad o de comprometer el bien para complacer a los demás. La *audacia de la alteridad*, porque al que es diferente, cultural o religiosamente, no se le ve ni se le trata como a un enemigo, sino que se le acoge como a un compañero de viaje, con la genuina convicción de que, el bien de cada uno, se encuentra en el bien de todos. La *rectitud de las intenciones*, porque el diálogo, en cuanto expresión auténtica de lo humano, no es una estrategia para lograr segundas intenciones, sino el camino de la verdad, que merece ser recorrido pacientemente para transformar la competición en cooperación (cf. CEC, La identidad de la Escuela católica para una cultura del diálogo, n. 30).

En adelante no te llamarás Jacob, sino Israel

Por último, el tercer maestro es Jacob. En la misteriosa lucha de Jacob con el ángel de Yahvé, escuchamos la decisión de este último de cambiarle el nombre, que como bien sabemos, significó una profundización de su identidad y de su misión.

Por eso, los continuos cambios que vivimos nos empujan aún más a testimoniar incansablemente la identidad de nuestras instituciones. Se necesita coraje y creatividad para exponer lo que creemos y por lo que actuamos. En otras palabras, me pregunto –les pregunto– ¿cómo hacer comprender al universitario de hoy que la propuesta integral que ofrecen nuestras universidades está inspirada en el Evangelio y en la herencia educativa de la Iglesia? ¿Cómo explicarle que la ciencia no está en absoluto amenazada, sino iluminada en el horizonte de su diálogo con la fe? ¿Cómo decirles que las culturas no pueden ignorar la dimensión religiosa del ser humano? ¿Cómo subrayar que nuestras universidades son espacios de vida cristiana, lugares de compromiso laical y eclesial, laboratorios de diálogo y síntesis entre fe y existencia?

Al respecto, el Papa Francisco escribió una incisiva hermosa en su última Exhortación *Laudate Deum* que, en mi opinión, merece una atenta reflexión institucional. El Santo Padre afirmó: «no hay cambios duraderos sin cambios culturales, sin maduración del modo de vida y de las creencias sociales, y no hay cambios culturales sin cambios en las personas» (n, 70). En términos católicos este cambio se llama conversión. En la universidad el culto se vuelve cultura, la doctrina se vuelve pensamiento, la verdad se vive en una experiencia común y apasionada. No solo es *metanoia*, sino también *metacardia*.

En esto, la Teología, la Filosofía, el Derecho Canónico, como afirma la propia *Ex Corde Ecclesiae*, «desempeñan un papel particularmente importante en la búsqueda de una síntesis de los saberes, así como en el diálogo entre fe y razón. También tienden una mano a todas las demás disciplinas en su búsqueda de sentido» (cf. n, 19). Al mismo tiempo, también, las universidades católicas o de inspiración cristiana tienen una responsabilidad particular en el apoyo a las ciencias eclesiológicas en el sistema universitario y en la afirmación de su plena ciudadanía entre las ciencias. No reduzcamos su alcance ni su papel: al contrario, ayudemos a todos a comprender su altísima relevancia cultural para el mundo de hoy y del futuro. El motu proprio *Ad theologiam promovendam* recuerda que uno de los papeles de la teología “es contribuir al debate actual de repensar el pensamiento, mostrando que es un verdadero saber crítico, en cuanto que es un saber sapiencial.” (n. 7)

Nuestras Universidades deben, con creatividad, mostrar al mundo la riqueza de la catolicidad con su antropología y su cuidado por el ser humano y el entorno. La universidad, en fin, es un gran laboratorio para el diálogo, también para el diálogo con Cristo. Este diálogo necesita profesores, estudiantes y, más aún, de testigos.

Me gustaría terminar, retomando el mensaje que el Santo Padre dirigió a los universitarios en la Universidad Católica Portuguesa en el contexto de la Jornada Mundial de la Juventud: «Amigos, permítanme decirles: *busquen y*

arriesguen. En este momento histórico los desafíos son enormes, los quejidos dolorosos —estamos viviendo una tercera guerra mundial a pedazos—, pero abrazamos el riesgo de pensar que no estamos en una agonía, sino en un parto; no en el final, sino al comienzo... Y hace falta coraje para pensar esto» (*Encuentro con los jóvenes universitarios*, 3 de agosto 2023).

¡Gracias, por todo lo que hacéis!

¡Gracias por ser universitarios inspirados y testigos creíbles!

Pamplona, 27 de febrero de 2024

Cardenal José Tolentino DE MENDONÇA
Prefecto del Dicasterio para la Cultura y la Educación